espanto tan intenso. A medida que es aproximaba veía a lo lejos algo que brillaba al sol, y cuando estuvo cerca, vió que había un montón de oro sobre la hierba.

Afanassi se admiró aún más, tanto del hallazgo como de la fuga de su hermano.

—¿Por qué habrá tenido miedo? ¿Por qué ha echado a correr?—se preguntaba Afanassi.—No hay pecado en el oro: el pecado está en el hombre. Si el oro puede causar el mal, también puede dar origen al bien. ¡Cuántos huérfanos y viudas pueden socorrerse con este oro! ¡Cuántos enfermos podrán deberle su curación y cuántos desvalidos la desaparición de la miseria! Nosotros ayudamos a los desgraciados; pero nuestro socorro es poca cosa, porque los recursos con que contamos son insignificantes, mientras que con este oro podríamos ayudar eficazmente a los pobres.

Así pensaba Afanassi. Quiso decírselo a su hermano, pero Johan estaba ya fuera del alcance de su voz y sólo le veía a lo lejos, sobre la otra vertiente, del tamaño de un insecto minúsculo.

Afanassi, quitándose la ropa, envolvió en ella todo el oro que pudo contener; cargóse el bulto al hombro y lo llevó a la ciudad. Entró en una posada, confió el oro al posadero y volvió por el resto.

Cuando se lo hubo llevado todo fué a casa de un comerciante, compró terrenos, piedra y madera, tomó obreros y se puso a edificar tres casas. Durante tres meses permaneció en la ciudad y terminó en ese tiempo los tres edificios destinados a recoger a los huérfanos y viudas, a dar asilo a los enfermos y a refugiar a los peregrinos y mendigos. Encontró tres venerables sacerdotes, que se hicieron cargo respectivamente del orfelinato, del hospital y del asilo, y como aún le quedaban tres mil monedas de oro, dió mil a cada sacerdote para distribuirlas entre los pobres.

Las tres casas se llenaron muy pronto de gentes que alababan a Afanassi y le daban gracias por lo que había hecho y él experimentaba por ello tal contento que no se decidía a dejar la ciudad; mas se acordó de su hermano, a quien tanto amaba, y luego de despedirse de todo el mundo, sin haberse quedado ni con una sola moneda y vestido con las mismas ropas que cuando vino, emprendió el regreso a su antiguo hogar.

Cuando ya estaba cerca de la montaña, pensó:

—Mi hermano hizo mal en huir del montón de oro. ¿No he procedido yo mejor que él?

Pero apenas hubo cruzado por su mente aquel pensamiento, vió aparecer en el camino al mismo ángel que venía de ordinario a bendecirles: su mirada era severa.

Afanassi palideció y dijo solamente:

—¿Por qué, Señor?...

El ángel abrió la boca y dijo:

—¡Vete de aquí! No eres digno de vivir con tu hermano: uno sólo de sus actos vale más que todo cuanto tu has hecho con tu oro.

Afanassi le hizo entonces la cuenta de los pobres y de los peregrinos que había alimentado y de los huérfanos que había socorrido, pero el ángel le dijo:

—El diablo ha sido quién ha puesto ese oro en tu camino para seducirte y él es quién te ha inspirado estas palabras.

Entonces la conciencia comenzó a argüir a Afanassi; comprendió que no había obrado por Dios y deshecho en lágrimas se arrepintió.

Entonces el ángel le franqueó el camino adonde le aguardaba su hermano.

Y desde entonces no se deja ya seducir Afanassi por el diablo y su oro, y reconoce que no es con el dinero, sinó con el trabajo, como se puede servir a Dios y a los hombres.

Y los dos hermanos siguieron viviendo como antes.

El origen del mal

(Fábula)

Vivía un ermitaño en medio de un bosque sin temor a los animales feroces que en él tenían su habitación. Es más, por permisión divina o por continuo trato, el santo hombre entendía el lenguaje de las bestias y aun conversaba con ellas.

Un día en que el ermitaño reposaba bajo un árbol, se cobijaron allí para pasar la noche un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente. A falta de otro quehacer y para entretener el tiempo, comenzaron a disertar sobre el origen del mal en el mundo.

El cuervo fué el primero en abordar el tema, diciendo:

—El mal procede del hambre. Cuando uno come hasta hartarse, se posa en una rama, grazna a más y mejor y todo le parece de color de rosa. Pero, amigos, como se pasen dos días sin probar bocado, entonces cambia la situación y ya no parece tan riente y magnífica la Naturaleza. ¡Qué agitación! ¡Qué intranquilidad! No es posible tener un instante de reposo, y si oteo un buen trozo de carne, me lanzo sobre ella ciegamente. Ni palos, ni piedras, ni lobos furiosos serían capaces de hacerme soltar presa. ¡Cuántos de entre nosotros sucumben víctimas del hambre! Indudablemente es ella la causa del mal.

La paloma se creyó en el caso de intervenir apenas cerró su pico el cuervo.

—Para mí—dijo—, el mal no viene del hambre, sino del amor. Si viviéramos solos, sin hembras, soportaríamos las penas sin experimentarlas; pero ¡ay! vivimos apareados y amamos tanto a nuestra compañera, que no tenemos punto de sosiego y pensamos continuamente en ella. ¿Habrá comido?, nos preguntamos. ¿Tendrá bastante abrigo? Y cuando se aleja un poco de nosotros, nos sentimos como perdidos, y nos atormenta la idea de que un gavilán la haya despedazado o de que el hombre la tenga prisionera.

Comenzamos a buscarla por todas partes con loco afán, y tal vez corremos a la muerte, sucumbiendo entre las garras de las aves rapaces o en las estrechas mallas de una red.

Y si la compañera se pierde, ya no se come ni se bebe; no se hace más que buscarla y llorar. ¡Cuántos mueren así entre nosotros! Todo el mal viene, por consiguiente, no del hambre, sinó del amor.

La serpiente objetó:

—No; el mal no viene ni del hambre ni del amor, sinó de la ira. Si viviéramos tranquilos, si no buscásemos quimera, entonces todo iría bien; pero cuando una cosa se hace contra nuestra voluntad, nos arrebatamos y todo nos ofusca; no pensamos más que en descargar nuestra cólera sobre lo primero que se encuentra, y entonces, como locos, lanzamos terribles silbidos y nos retorcemos, tratando de morder a alguien. Y ya no se tiene piedad de nadie; mordería uno a su padre y a su madre; seríamos capaces de comernos a nosotros mismos, y el furor acaba por perdernos. Todo el mal viene, indudablemente, de la ira.

El ciervo no fué de esta opinión.

—No, no es de la ira, ni del amor, ni del hambre, de donde viene todo el mal, sinó del miedo. Si se pudiera no tener miedo, todo iría bien. Nuestros pies son ligeros para la carrera y nuestro cuerpo es vigoroso. Podemos defendernos de un animal pequeño con nuestros cuernos, y de uno grande, la fuga nos preserva; pero es imposible no tener miedo. Que cruje una rama en la floresta, que se agita una hoja, y temblamos, en el acto, de terror, el corazón palpita como si fuera a saltársenos del pecho, y volamos como una flecha. Otras veces una liebre que pasa, un pájaro que agita las alas o una ramilla que cae, nos hace creer que somos perseguidos por una bestia feroz, y tal vez corremos al sitio del peligro. Ya para evitar a un perro vamos a dar sobre un cazador, ya enloquecidos de pánico corremos sin saber a donde, y de un salto rodamos por un precipio, donde nos aguarda la muerte. Tenemos que dormir siempre preparados, siempre alerta, siempre llenos de terror. No hay manera de tener tranquilidad, y de aquí deduzco que todo el mal viene del miedo.

Entonces intervino el ermitaño y dijo:

—No es ni del hambre, ni del amor, ni de la ira, ni del miedo, de donde proceden nuestros males, sinó de nuestra propia naturaleza, porque ella es la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.

LEÓN TOLSTOY

Boletín Noticiario del Ateneo Obrero Cultural, 1/9/1928, p. 8 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers